

LOS SÁBADOS, CIENCIA

Ciencia, cultura y lo mejor de cada casa

El investigador ya no es un personaje aislado en un laboratorio, sino que trabaja abierto al mundo

MANEL
Esteller

La ciencia también es cultura. Es una práctica habitual creer que la literatura, el arte o la música forman parte de la cultura de un país y olvidarse de que la ciencia es clave para considerar culto a un pueblo. En el pasado no era así. Tanto Aristóteles como Leonardo da Vinci lo entendieron. Hoy pocos lo ven así. Les gusta vivir en sus trincheras respectivas. Se sienten seguros. Paseaba hace un tiempo con otro investigador biomédico por la Universidad Menéndez Pelayo de Santander y nos encontramos con dos representantes de las llamadas bellas artes. Mientras nosotros conocíamos a varios miembros y obras de su campo, ellas no conocían el nombre de ningún científico. Esto no puede ser. En este sentido, siempre es de agradecer el trabajo del Institut d'Estudis Catalans de poner bajo un mismo techo a biólogos, filólogos y filósofos. O el de los premios Ciutat de Barcelona, que honran los mejores trabajos en literatura, ensayo, investigación científica y tecnológica.

PARTE DE ESA separación ficticia entre lo que es cultura y lo que no lo es se debe a la superespecialización del conocimiento al propio método científico. Como hubiera dicho Descartes, a los investigadores nos gusta comprobar experimentalmente nuestras hipótesis. Y que nuestros resultados sean evaluados objetivamente por los demás, lo que a otras disciplinas de la cultura quizá

les resulta más difícil de conseguir.

Esta última frase me recuerda que deberían aclararse unas cuantas cosas sobre la imagen que del científico y del proceso de la investigación tiene la sociedad. El investigador ya no acostumbra a ser un personaje aislado en su laboratorio, en olor de santidad, que experimenta en sí mismo y cuyo descubrimiento llega inmediatamente a ser conocido por todo el mundo y se puede aplicar enseguida en beneficio de la sociedad. El escenario es mucho más complejo. La inmensa mayoría de científicos prestigiosos trabajan abiertos al mundo con colaboradores de otros países y cuentan en su grupo con miembros de varias nacionalidades. Muchas veces los problemas biológicos, médicos, físicos o químicos son complejos, y cuanto más gente diferente, con educación y experiencias distintas, los aborden, mejor. Lo mejor de cada casa. Una forma de importar talento y excelencia científica en Catalunya ha sido la Institució Catalana de Recerca i Estudis Avançats (ICREA) de la Generalitat, una agencia que con contratos no funcionariales y competitivos ha conseguido traer aquí a investigadores de todo el mundo, incluyendo los países dominadores de la investigación como Estados Unidos, Inglaterra y Alemania. El ICREA fue ideado muy acertadamente por el doctor Andreu Mas-Colell, economista brillante y hoy *conseller* de Economia i Coneixement. Una iniciativa apoyada por gobiernos de diferente color político, lo que indica su valor intrínseco. Más apuestas valientes como esta permitirían en el futuro cambiar el modelo de generación de riqueza del país.

Otro concepto a recordar es que el científico malgasta buena parte de su tiempo buscando fondos para



MONRA

No podemos esperar que los gobiernos cubran todas las necesidades; hay que buscar más vías

realizar su investigación en lugar de desarrollar los experimentos. Estamos tan lejos de lo que sería deseable invertir en investigación que ni entraré a discutirlo. Además de que muchos sistemas financiadores e institutos de investigación son extremadamente rígidos, poco transparentes y anticuados. Baste recordar que a un compañero no le aprobaron una solicitud de proyecto porque estaba escrita con una fuente de letra

de ordenador distinta de «la esperada». No obstante, siempre hay señales para la esperanza. Dos ejemplos: el Centro de Regulación Genómica (CRG) de Barcelona y el Centro Nacional de Investigaciones Oncológicas de Madrid (CNIO), dirigidos respectivamente por el doctor Miguel Beato y el doctor Mariano Barbacid, en los que se ha evitado el sistema de funcionariado, premiando la excelencia y evitando el *café para todos*. No son perfectos, pero es de lo mejor que existe en nuestra área.

Y DESPUÉS, claro, debo mencionar un punto débil de nuestro entorno: comparada con los países líderes, la inversión privada y de particulares en investigación aquí es mínima. No podemos esperar que los organismos públicos cubran todas las necesidades de investigación, debemos buscar y esperar que fundaciones asociadas a grandes empresas y sociedades financieras acompañen este proceso y los benefactores individuales vean premiados y reconocidos sus esfuerzos. Debemos devolverles beneficios fiscales y reconocimiento social. De bien nacido es ser agradecido. En este sentido, debo mencionar la tarea de la Fundació Cellex, que desinteresadamente está siendo un factor clave en el estímulo de la investigación de vanguardia en Catalunya apoyando al Centro de Medicina Regenerativa, la investigación oncológica del Hospital del Vall d'Hebron, el Institut de Ciències Fotòniques y muchas otras. Un oasis del mecenazgo. Pero, si queremos ser líderes en investigación, necesitaremos mucho más, y de esto ya hablaré otro día. ≡

México. Institut d'Investigació Biomèdica de Bellvitge.

El turno

XAVIER
Moret

Vigencia del gran Georges Brassens

Me gustaría saber qué pensaría Georges Brassens, el cantautor libertario que desconfiaba de las masas y prefería la amistad de los compañeros de taberna, de toda la tontería que fomentan los facebooks, twitters y similares. Escribió Brassens que «en cuanto somos más de cuatro somos una banda de imbéciles». Pues no sé qué diría ahora de los millones de amigos virtuales (imenudo oxímoron!) que corren por internet.

Por desgracia, hace ya 30 años que Brassens, el poeta que cantaba «muramos por las ideas, de acuerdo, pero de muerte lenta», ya no está entre nosotros. Murió en octubre de 1981, a los 60 años, después de haberse reído de todo, incluida la muerte. La exposición Brassens ou la liberté lo recuerda ahora en París, pero yo prefiero acordarme de su *Supplique pour être enterré à la plage de Sète*, una canción redonda en la que el Brassens más irónico afirma que si el poeta Paul Valéry reposa en el viejo cementerio de Sète, él

Sus letras siguen retratando una sociedad que confunde las redes sociales y la vida real

prefiere que lo entierren en la playa para poder pasar «la muerte de vacaciones». No es mal plan, en especial porque Brassens imagina que las mujeres se cambiarán a la sombra de su tumba y que la sombra de la cruz puede proporcionarle «un pequeño placer póstumo», al reposar sobre el cuerpo de alguna joven bañista.

Es una súplica preciosa, sí, aunque al final no lo enterraron en la playa. Las ordenanzas, ya se sabe. De todos modos, recuerdo que cuando no hace mucho visité su tumba en el cementerio nuevo de Sète me llamaron la atención los ramos de flores, las cartas y los muchos jóvenes que se acercaban a su tumba para rendirle homenaje.

Más allá de la muerte, de la exposición de París y de otras zarandajas, el gran triunfo de Brassens es que sus canciones siguen vigentes. Y que sus letras siguen retratando, con una afilada ironía, la sociedad de hoy, esa sociedad en la que muchos tienden a confundir los facebooks, twitter y similares con la vida real. ≡

Perlas del papel

Ola conservadora, márketing radiactivo

Las conclusiones de la cumbre nuclear de Sarkozy se dan ya por escritas

El quiosco destilaba ayer expectación por lo que vaya a decir hoy Rodríguez Zapatero al comité federal del PSOE. José Antich (*La Vanguardia*) escribía que siete días después del respaldo de Botín la expectación es total. Juan José Millás (*El País*) se preguntaba si Zapatero tendrá en cuenta que los españoles «podemos renunciar a la realidad pero no al reality».

Y Federico Jiménez Losantos (*El Mundo*) le enterraba: «En su epitafio, la triple ruina: la económica, la de la nación por el Estatuto de Catalunya y la del Estado por su sostenido idilio con los terroristas de ETA, que, si en España hay justicia, le llevará a las

puertas de alguna cárcel alcarreña».

Pero eran solo unas gotas en un océano de páginas dedicadas a las supuestas *actas* de ETA, incluidas la portada de *La Razón* empujando a Rajoy a acudir el 9 de abril a la nueva marcha de las víctimas contra la legalización de Sortu –y contra el Gobierno, claro– y el parte de guerra de Carlos Dávila (*La Gaceta*) denunciando que Rajoy está siendo «demasiado exquisito». En contrapartida, Antoni Puigverd (*La Vanguardia*) escribía que Rajoy puede sumarse al «coro de chacales» mediáticos y «hundir como colaborador de



ETA a un ministro como Rubalcaba. (...) Pero Rajoy ya no sería entonces presidente por su cuenta y riesgo: debería la victoria a Pedro J. Ramírez».

Aunque no todo se quedaba en las miserias políticas mediático-palaciegas. Ernest Folch (*Ara*) denostaba que la *consellera* Rigau haya planteado el debate del uniforme escolar

mientras el mundo se hunde y advertía que esta broma será solo la punta del iceberg de la ola conservadora que intentará aplastar cualquier concepto que suene a progresista. Ignacio Escolar (*Público*) recordaba que hoy hace dos años el G-20 proclamó en vano que la era del secreto bancario había terminado. Jesús Maraña descalificaba, en el mismo diario, el márketing radiactivo de la nueva seguridad nuclear mundial promovida por el mismo Sarkozy que había proclamado la refundación del capitalismo. Y Xavier Bosch (*Ara*) cuestionaba la responsabilidad de propalar la información que da la compañía de Fukushima y denunciaba que las conclusiones finales de la cumbre mundial ya están cantadas: el accidente ha sido un hecho aislado, las nucleares son seguras y aún se elevarán más los estándares de seguridad. ≡ XAVIER CAMPRECIÓS